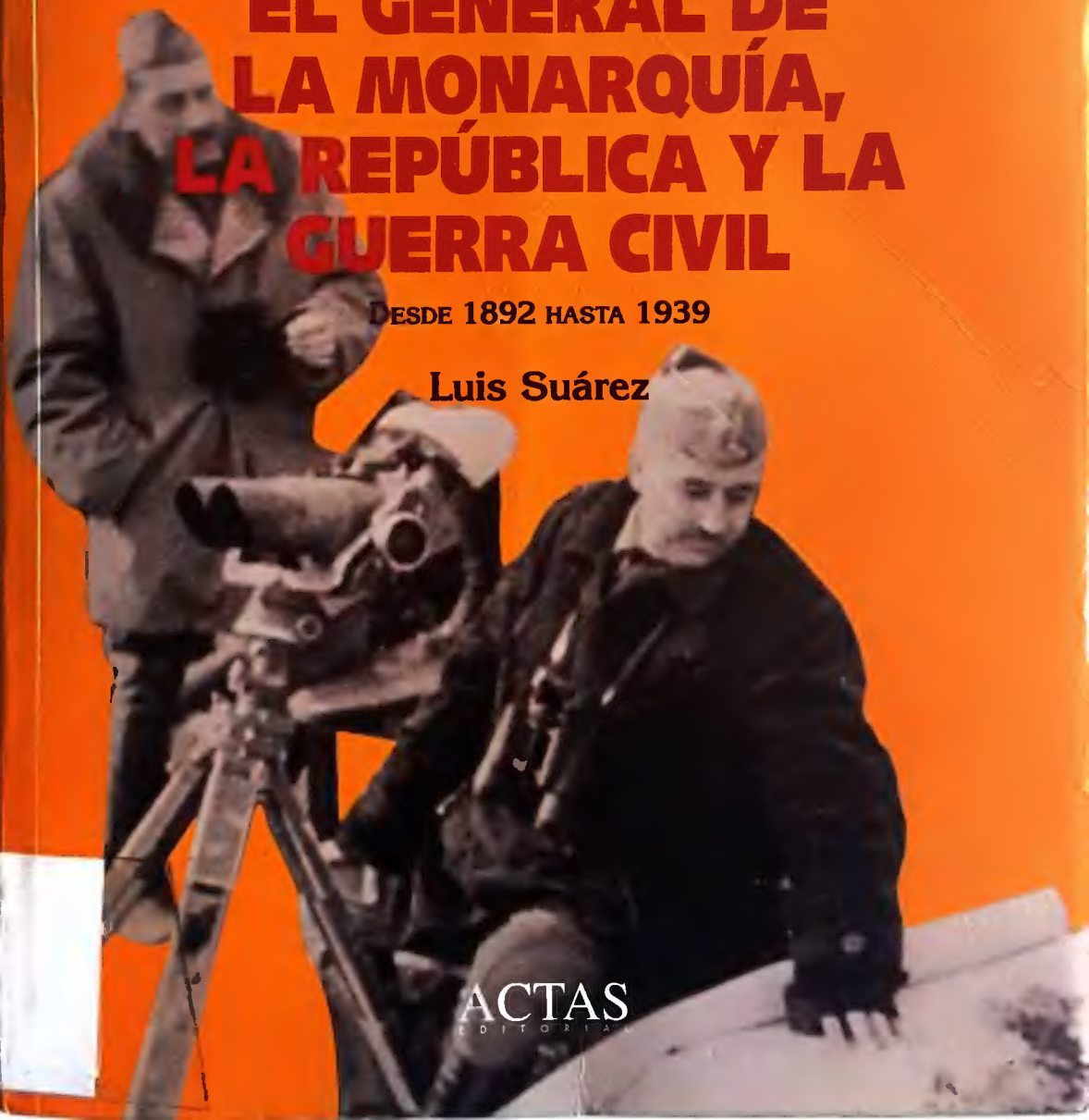
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

4. Por su parte, el Gobierno de Madrid había hecho gestiones para conseguir la venta de armas, en especial de aviones. En la noche del 19 de julio Giral cursó un telegrama a Leon Blum, en París. Ejercía interinamente las funciones de embajador Juan Francisco de Cárdenas porque Álvaro de Albornoz, nombrado el día 15, no llegaría a la capital de Francia hasta el 27. Blum dio una respuesta favorable pero pidió que se cursara demanda oficial. Dos oficiales españoles viajaron a París el 21 con el documento y el Gobierno, reunido ese día o el siguiente, adoptó la decisión de que había que ayudar a la República. Pero Cárdenas, que estaba de acuerdo con los rebeldes españoles, abandonó la Embajada el 22 –a toda prisa vino desde Ginebra Fernando de los Ríos para hacerse cargo de ella– y procedió a explicar al Presidente Albert Lebrun y a los medios de comunicación cuál era el estado de cosas. Blum y su ministro de Asuntos Exteriores tuvieron que viajar a Londres dejando a Jules Moch en París con el encargo de prometer a su correligionario De los Ríos que se venderían los aviones.

Antes del 24 de julio el Banco de España comenzó a transferir oro para esta eventualidad.[34]

El Gobierno británico, interesado de una manera especial en sus relaciones con Vizcaya, influyó sobre sus interlocutores franceses: era peligroso embarcarse en una aventura cuyas consecuencias nadie podía prever. La neutralidad de Gran Bretaña fue, al principio, tan estricta que se negó asilo en la Embajada a algunos refugiados, lo que creó profundo malestar entre quienes la atribuían responsabilidad en su muerte. Vuelto a París, Blum volvió a reunir el Consejo de Ministros el 25 para tomar una decisión: no se entregarían armas directamente al Gobierno español, pero éste podía comprar cuanto quisiera de acuerdo con empresas privadas. También se iniciaron suscripciones de ayuda y se tomó contacto con la Embajada mexicana para conseguir de este país que actuase como intermediario.

No estamos seguros de hasta qué punto la intervención soviética obedeció a una demanda de ayuda o fue iniciativa del propio Gobierno ruso. El 26 de julio de 1936 Radio Praga dio la noticia de que cinco días antes el Presidium del Soviet Supremo había tomado la decisión de prestar toda la ayuda posible al Gobierno del Frente Popular, constituyendo un fondo de mil millones de francos y proponiendo la creación de una fuerza internacional de intervención de 5.000 hombres.[35] No se hablaba en estos momentos de la venta de armas sino de una ayuda generosa. Los «nacionales» se apoderaron de esta noticia exagerando luego el grado de participación soviética, que, como tendremos ocasión de ver, fue sin duda muy importante; pero eso convenía a su propaganda ya que desde el primer momento se dijo que se estaba luchando contra el comunismo.

El 3 de agosto el Gobierno de Madrid pasó un pedido de aviones de bombardeo a la Federación Alemana de Industria Aeronáutica; tres días más tarde una misión que presidía el teniente coronel Luis Riaño y a la que acompañaba Hans Sturm, que era el representante de la firma en Madrid, llegaba a Berlín. Permaneció en la capital alemana hasta el 18 del mismo mes. El informe de la Wilhelmstrasse, confirmado por el ministro Konstantin von Neurath, era negativo, como en el caso de los enviados de Franco. Esta vez el contrato no llegó a firmarse porque no hubo intervención del Partido.[36] Esto nos lleva a examinar una cuestión clave, la de los compromisos de los militares españoles con el nacional-socialismo o el fascismo. Segu-

CAPÍTULO 15

INTERNACIONALIZACIÓN DEL CONFLICTO.

1. CUATRO DÍAS DE JULIO.

1. En la mañana del domingo 19 de julio en gran parte de España se suspendieron los servicios religiosos y las campanas comenzaron a doblar sobre un país inexorablemente dividido; faltaba aún mucho tiempo para que Hemingway se preguntara por quién lo hacían. En este momento, cuando existía una primera evidencia de que la sublevación había fracasado, aunque poseía la fuerza suficiente para perseverar en su proyecto de atajar una revolución desencadenada, Franco se hallaba ya en su puesto de mando de Marruecos con unas fuerzas, más de 40.000 hombres, que constituían el recurso principal. Las autoridades del Protectorado que no se sumaron al Alzamiento estaban detenidas[1] y ninguna resistencia se oponía: el jalifa de la Zona y el visir apoyaron sin reservas a los militares y también lo haría la comunidad judía, que aportó medio millón de pesetas.[2] Los dos primeros Tabores de regulares pasaron a Cádiz y Algeciras, respectivamente, escoltados por dos destructores, Churruca y Dato, y por los guardacostas Uad Lau y Uad Muluya, que desobedecieron las órdenes enviadas desde Madrid. Tras este paso, el Estrecho fue cerrado por la Flota republicana, mucho más poderosa.

El proyecto, brevísimo, de negociación encabezada por Martínez Barrio ejerció cierta influencia: hizo creer, a muchos, que el pronunciamiento militar podía resolverse sin lucha y se demoró la proclamación del estado de guerra un tiempo que permitió a sus adversarios organizarse e impedirlo. Así sucedió, por ejemplo, en Málaga donde el general Patxot, que tenía el control de la ciudad, ordenó a los soldados el retorno a los cuarteles, o en Granada donde Campins, afecto tibio al Gobierno, dejó de tomar las decisiones oportunas y fue detenido por sus subordinados y enviado a Sevilla donde sería juzgado y ejecutado el 16 de agosto.[3] En la mañana del 19 tomó posesión de la Presidencia del Consejo José Giral, ministro de Marina; aunque se abstuvo de decretar el Estado de Guerra, tampoco acudió al trámite parlamentario. El nuevo Gobierno se proponía gobernar por decreto, porque era un Gabinete de guerra. Podía alegar que las medidas adoptadas por Casares Quiroga enviando a

Núñez de Prado a Zaragoza, a Gómez Caminero a León y a Julio Mena a Burgos habían dado resultados negativos, mientras que las decisiones tomadas, al margen de toda legalidad, entre los días 12 y 16 de julio, permitieron retener las bases naval de Cartagena y aérea de San Javier, de tanta importancia para el curso de las operaciones. No se transmitió el poder a los mandos militares, pero las nuevas autoridades que surgían operaban simplemente como comandantes de tropas. Al entregar armas a las milicias políticas, Giral desencadenó en todas partes una violencia que también en el lado de enfrente se practicó.

2. En los planes de Mola, Andalucía estaba destinada a un papel poco importante: las fuerzas de África desembarcarían en Algeciras y Málaga y marcharían directamente sobre Madrid. La implantación anarquista era tan grande que no se esperaba que el Alzamiento pudiera triunfar, aunque los resultados de las elecciones, en Sevilla y su provincia, demostraban la importancia que tenía la derecha. Gonzalo Queipo de Llano, inspector de Carabineros, se hallaba en Huelva el 18 de julio en visita oficial. Regresó a Sevilla y a las dos de la tarde conminó a los generales Fernández Villabrille y López Viota que se sumaran al Alzamiento; ellos se negaron, pero entregaron el mando sin resistencia. Desde aquel mismo despacho Queipo cursó órdenes a todas las guarniciones andaluzas para que proclamasen el Estado de Guerra. Sin embargo, en la propia Sevilla las milicias organizaron resistencia que no fue completamente dominada hasta el día 23: desde la tarde del 19 Queipo pudo comunicar a Franco que tenía expedito el aeropuerto de Tablada; los aviones habían huido salvo dos Fokker VII y un DC-2 averiado a tiros de mosquetón. En la noche del 20 se anunció la presencia de la V Bandera de la Legión en Sevilla.

El comandante militar de Cádiz, general López Pinto, tuvo que librar una verdadera batalla contra las Fuerzas de Orden Público y los milicianos armados, pero en el curso de ella liberó al general Varela, detenido a la sazón: éste era un militar enérgico y muy eficiente; con ayuda del Tabor de regulares llegado a la ciudad de Algeciras dominó la situación. Lo mismo sucedió en Algeciras, Jerez y el Campo de Gibraltar, de modo que antes del 22 toda la baja Andalucía, hasta Écija, estaba firmemente en manos de Queipo. Sus fuerzas eran insuficientes, sobre todo porque el Gobierno de Madrid estaba enviando fuertes columnas. Aguas arriba el coronel Cascajo dominaba Córdoba porque con él colaboraban las fuerzas de la Guardia Civil y de la Policía de Asalto, pero su comunicación con Sevilla era precaria, y con Granada más precaria todavía. Después de la destitución de Campins llegó a esta ciudad el general Orgaz, pero todas las comunicaciones de Granada con el mundo exterior se cortaron y, durante semanas, la pequeña guarnición, reforzada con voluntarios, vivió angustiosamente. Una columna de soldados y guardias enviada desde Huelva se pasó al enemigo y así pudo completar Queipo, hacia el 26 de julio, el dominio sobre Andalucía Occidental. Pero Jaén, Málaga y Almería rechazaron el Alzamiento y se colocaron al lado del Gobierno. Las represalias en Málaga fueron muy duras por parte de los milicianos, y también en Granada por los militares. Se apuntaba una de las características de la Guerra Civil, y es que el temor genera más violencia que la victoria.

Andalucía, precisamente la región militar en que menos se confiara, estaba, desde el 26 de julio, en manos de los sublevados. Pero, anunciándose una contrao-

fensiva gubernamental, reclamaba refuerzos que sólo desde Marruecos le podían ser enviados. Mola dominaba ya ampliamente Castilla y León, pero tenía que cubrir un espacio muy amplio y con pocos recursos. En Valladolid el general divisionario Molero, conminado por los conspiradores, no quiso sumarse al Alzamiento y fue detenido, aunque no fusilado como a veces se ha dicho; hubo un conato de resistencia en la Casa del Pueblo, que fue dominado en la mañana del 19. En Burgos las guarniciones dirigidas por el coronel Fernando Moreno Calderón se sublevaron reduciendo a prisión al general Batet y a todos los mandos divisionarios. Las guarniciones de Zamora, León, Astorga, Ávila, Salamanca, Medina del Campo, Segovia, Plasencia y Cáceres se sumaron, pero reuniendo efectivos desde todos los puntos de vista insuficientes. En Zaragoza el jefe de la División, Miguel Cabanellas, que había sido diputado radical, se sumó arrastrando a las guarniciones de Huesca y de Teruel, aunque no a la de Barbastro.

La actitud de las guarniciones de Galicia fue dubitativa: esto permitió la constitución de milicias en muchos lugares. Cuando al mediodía del lunes 20 el coronel Cánovas se hizo dueño de La Coruña, tuvo que vencer la resistencia armada en varios lugares, de modo que la lucha no terminó hasta el 25. La suerte decisiva se jugó en El Ferrol, base de la Flota: tras la salida del Libertad cumpliendo las órdenes de bloqueo del Estrecho, quedaban en puerto el acorazado España, los cruceros Almirante Cervera –en dique seco reparando fondos– Canarias y Baleares –en fase de aparejamiento– un destructor, Velasco, un guardacostas, Xauen, dos minadores, Júpiter y Vulcano, y dos torpederos, el T-2 y el T-7. Las discrepancias en la Armada –el almirante Azarola y el comandante del Cervera querían obedecer las órdenes del Gobierno– originaron luchas que se prolongaron dos días. La decisión de dos hombres, Francisco Moreno y Salvador Moreno, capitanes de navío y de fragata, respectivamente, bastó para reducir a la marinería y auxiliares y para decidir la capitulación de los que se oponían a sublevarse. El guardacostas Xauen pudo huir refugiándose en Tánger pero todos los demás efectivos cayeron en poder de los militares formando la primera fuerza naval de importancia.[4]

3. Tanto Mola como Franco daban por seguro el fracaso de la rebelión en Madrid: por eso habían forjado planes para hacer que convergiesen columnas sobre la capital desde las otras Capitanías Generales. Los militares comprometidos, cuyo jefe era el general Joaquín Fanjul, perdieron además dos días, 18 y 19, que fueron de suma importancia de modo que cuando en el Cuartel de la Montaña (lugar ocupado actualmente por el monumento de Debod) y los cuarteles de Carabanchel rompieron el fuego, ya había numerosos milicianos armados por decisión del Gobierno Giral. Las medidas que en estos dos o tres días se adoptaron fueron sumamente eficaces, aunque llevaron más lejos de lo previsto el cambio de las posiciones de poder. La UMRA controló los Ministerios de Guerra y Marina, procediendo a la destitución de los altos mandos, incluso aquellos que eran adictos al Gobierno, e introduciendo por primera vez comunistas en puntos clave. Se decretó el licenciamiento de los soldados –más tarde se les volvería a llamar creandose una situación de indisciplina especialmente útil–. Las fuerzas de Orden Público, después de que el general Pozas pasara a ser ministro, quedaron a las órdenes de tres jefes de fidelidad al Gobierno muy probada: José Sanjurjo Rodríguez-Arias para la Guardia Civil, el teniente coronel Sán-

chez Plaza para la Policía de Asalto, y el coronel Rodríguez Mantecón para Carabineros. Se hizo un llamamiento para que todos los jefes y oficiales presentes en Madrid y su comarca se presentaran en el Ministerio y lo hicieron 2.500 que, sometidos a rigurosa depuración, proporcionaron mandos, no siempre eficaces, pero imprescindibles para esas milicias que a finales de julio sumaban los 11.708 hombres pero que carecían de valor combativo. Sobre todo, se inició el terror, los temidos «paseos» nocturnos de que eran víctimas por voluntad o capricho de los comités revolucionarios los sospechosos de derechismo.

El terror resultó eficaz, tanto que más adelante se establecería ordenadamente: en los conflictos revolucionarios es un arma de lucha y en julio de 1936 trataba de destruir toda voluntad de resistencia interior o de adhesión a los militares refugiados en el cuartel. De hecho no hubo ningún movimiento de esta especie y sí, en cambio, un intento desesperado de ocultarse, cambiar de nombre o refugiarse en una Embajada. Al mediodía del día 20 de julio sucumbió el Cuartel de la Montaña y muchos de los defensores, incluso entre aquellos que salían con los brazos en alto demostrando que no se solidarizaban con la rebelión, fueron muertos a tiros. El general Fanjul y el coronel Fernández Quintana, sometidos a juicio de guerra, fueron fusilados el 17 de agosto. Cuando las fuerzas que mandaba el coronel Puigdendolas recobraron Guadalajara, que se había sublevado, se dio muerte a casi todos los rebeldes en el acto.

Estas acciones crearon un espíritu de reacción muy violenta, de modo que la guerra tendió a endurecerse. Sobre todo, la consecuencia más notoria fue otra a la que nos hemos referido con anterioridad. El poder cambió de mano: ya no era el Gobierno, reducido a servir de pantalla y considerado como un estorbo por parte de los combatientes, sino los comités de milicianos quienes lo ejercían. Los testimonios de Olaya, antes citado, de Azaña, de Tagüeña y de Álvarez del Vayo son inexcusables. Dolores Ibarruri, la «Pasionaria», lo dijo: «el poder pasó a la calle». Y en el número correspondiente al 14 de abril de 1937 el diario socialista *Claridad* escribió: «La República del 14 de abril ha muerto. Suponemos que nadie tendrá interés en resucitarla».[5] Al desaparecer el Estado desapareció también la justicia. Muchas personas ilustres, de significación republicana como Menéndez Pidal o Marañón, buscaron refugio precautorio en Embajadas. Manuel García Morente huyó sin volver a su casa a recoger un equipaje. Y no eran derechistas ni fascistas, precisamente. Cuando, el 7 de diciembre, William P. Carney publicó en el *New York Times* su informe testimonial –acababa de salir de Madrid– estimaba en más de 25.000 las personas asesinadas, y concluía que «había desaparecido toda semejanza con las formas de Gobierno».[6]

Es falso, por tanto, plantear la Guerra Civil que se iniciaba el 20 de julio, al ser frenado el Alzamiento militar, como una lucha entre la República y los rebeldes. Ambos bandos compartían el mismo punto de arranque: la legitimidad republicana había desaparecido y estaba siendo sustituida por otra, la de las Juntas de Defensa, a veces llamados comités. La diferencia estaba en que en el bando que comenzaba a llamarse «nacional» hubo, desde el 23 de julio, una Junta a la que todos acataban, mientras que en el frentepopulista proliferaron los puntos de toma de decisión.

4. Así, por ejemplo, en toda la orla cantábrica en donde la sublevación fracasó por

motivos diversos y se crearon, por tanto, tres autoridades soberanas, la de Asturias –teóricamente con jurisdicción sobre León y Palencia– la de Santander con Burgos, y la del País Vasco. A causa de la revolución de octubre de 1934 se había creado en Asturias una Comandancia Militar exenta de la que dependían las guarniciones, salvo los Zapadores de Gijón, que ocupaban el añejo cuartel de El Coto. La fuerza principal en esta ciudad, el Regimiento Simancas, ocupaba el antiguo Colegio de los Jesuitas, confiscado ya en 1931 por la República y utilizado también como Instituto de Enseñanza Media y como prisión tras la Revolución. Estaba previsto que el coronel Antonio Aranda, republicano y aspirante años atrás al ingreso en la Masonería, acaudillase el levantamiento, uniéndose sus fuerzas a las del coronel Pinilla para adueñarse después de Avilés, estableciendo así un triángulo de fuerza, con apoyo en ciudades que tenían contingente de población derechista y contando con las fuerzas de la Guardia Civil. Pero este plan fracasó. Aranda, ayudado por el comandante Caballero, pudo retener Oviedo poniéndolo en situación de defensa, pero el coronel Pinilla, tras ciertas indecisiones, se encerró en su cuartel, recabó el apoyo de los Zapadores, y trató de resistir hasta la llegada de una columna de Galicia. Como es sabido esta resistencia, que constituye una de las páginas heroicas de la contienda, se prolongó hasta el 21 de agosto, pero el cuartel sucumbió antes de la llegada de los auxilios.[7]

Una de las claves para la defensa de Oviedo y una posible contraofensiva estaba en la fábrica de Trubia, pero el coronel José Franco Mussió, que la dirigía, puso su armamento y oficiales al servicio del Frente Popular. Sería nombrado comandante militar de Asturias. No ejerció el mando y sí sólo el asesoramiento de los Comités que se crearon. El número de milicianos armados fue en Asturias mayor que en ninguna otra parte pues las unidades estaban formadas y muchas armas ocultas desde octubre de 1934. Las elecciones de 1936 habían sido enfocadas, en esta región, por el bloque de izquierdas, con un principio muy riguroso: octubre «rojo» había sido legítimo y, por consiguiente, la represión ilícita. Desde el diario *Avance* esta tesis se defendió con toda contundencia. Por esta razón el 18 de julio se consideró que las autoridades republicanas habían dejado de existir y, en el vacío, se crearon otras nuevas. Con el País Vasco no se podía contar pues estaba creando su propio Gobierno, y con Santander, donde inexplicablemente, el Alzamiento fracasó gracias a la decisión de un comandante, José García Vayas, que mandaba el batallón destacado en Santoña, el entendimiento no era necesario.

Volviendo, pues, a lo que fuera el proyecto revolucionario se decidió la creación de un Comité. Aparentemente los socialistas, esto es Belarmino Tomás, Ramón González Peña, Teodomiro Menéndez y Amador Fernández, debían ejercer un dominio absoluto puesto que, en Asturias, el PSOE dominaba el ámbito electoral. Pero la defensa de Oviedo por Aranda, no sólo cortó en dos ese cordón umbilical de la industria asturiana que enlaza la costa con la cuenca del Nalón sino que convirtió de hecho a Gijón en una verdadera capital; y aquí los cenetistas –Segundo Blanco, Avelino Mallada y Avelino Martínez Entralgo– dominaban. Estos últimos se unieron a los comunistas, Juan José Manso, Juan Ambou y Horacio Argüelles, para imponer una presencia más equitativa en el Comité –más tarde Consejo soberano– y en definitiva, más favorable. Segundo Blanco, asesorado por el comandante Gállego, que veraneaba en Gijón, se atribuyó como un éxito personal la caída del cuartel de Siman-

cas e impuso su fuerte personalidad. Por tanto Asturias, una región a la que Franco se sentía particularmente vinculado, fue la primera que pudo ensayar el sistema marxista radical de los soviets: el dinero fue sustituido por vales.

5. La singularidad de la situación en el País Vasco ha sido destacada muchas veces, pero conviene que hagamos expresa alusión a ella para poder entender lo que después sucedió en tan amplios campos. En 1936 el nacionalismo vasco se mantenía dentro del ideario que Sabino y su hermano Luis de Arana y Goiri le proporcionaran: conservador en lo social y católico hasta el extremo. Su peculiaridad era que estaba convencido de que las peculiaridades esenciales del pueblo vasco incluyendo en ellas ese catolicismo a ultranza que procedía del carlismo, no podrían conservarse mientras estuviese unido a España: el odio a lo «español» era tan grande que no sólo aspiraba a lograr la independencia de Vasconia, con inclusión de los departamentos vasco-franceses, sino a desentenderse de lo que pudiera ocurrir en el resto de la Península.

En el último momento, Indalecio Prieto negoció con las autoridades vascas, en especial con José Antonio Aguirre, miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, y le prometió un régimen de autonomía preparatorio de la independencia –Estatuto de Guernica– a cambio de no sumarse al Alzamiento, como Mola esperaba y muchos otros también, dado el carácter radicalmente marxista de la revolución que se anunciaba. En la noche del 18 al 19 de julio el Euzkadi Buru Batzar de Bilbao redactó una nota que fue dada a la prensa y a la radio, del contenido siguiente:

> «Ante los acontecimientos que se desarrollan en el Estado español, y que tan directa y dolorosa repercusión pudieran alcanzar sobre Euzkadi y su destino, el Partido Nacionalista Vasco declara –salvando todo aquello a que le obliga su ideología, que hoy ratifica solemnemente– que, planteada la lucha entre la ciudadanía y el fascismo, entre la República y la Monarquía, sus principios le llevan indeclinablemente a caer del lado de la ciudadanía y de la República, en consonancia con el régimen democrático y republicano que fue privativo de nuestro pueblo en sus siglos de libertad».

Se consultó a Luis Arana Goiri, que aún vivía aunque de edad muy avanzada: éste recomendó que se armara a los jóvenes pero para conservar la neutralidad sin decidirse por ninguno de los bandos; por esta causa sería dado de baja en el PNV.[8] De hecho los nacionalistas no lograron la movilización deseada –aún tardaría bastante tiempo en constituirse un ejército vasco– y, por consiguiente, las milicias en las ciudades también se hicieron dueñas de la calle.[9] Los nacionalistas de Vitoria y Navarra negaron su apoyo a lo que, a sus ojos, constituía una traición a los ideales –Dios está por encima de los sistemas políticos– y replicaron ya el 19 con una nota que forma contraste con la indicada arriba:

> «El Partido Nacionalista Vasco de Navarra hace pública declaración de que dada su ideología fervientemente católica y fuerista no se ha unido ni une al Gobierno en la lucha actual, declinando en sus autores toda la responsabilidad que se derive de la declaración de adhesión al Gobierno apa-

recida en la Prensa sobre la que podemos asegurar no ha sido tomada por la autoridad suprema del Partido. Pamplona 20 de julio de 1936. Napar Buru Batzar».[10]

Se creó, desde el principio, una división de criterios: ¿se debían anteponer los intereses políticos a los estrictamente religiosos? Desde el otro lado del frente, donde los tradicionalistas significaban una fuerza esencial, era evidente que no: ellos habían dejado finalmente de lado sus adhesiones concretas a Alfonso Carlos para salir a la lucha con el «detente bala» sobre el pecho porque estaba en juego ante todo la religión. No faltaron escritores que señalasen que el nacionalismo llevado a ese extremo era una herejía. Por esta causa la postura vasca, especialmente en Francia y en el Vaticano, consistió en decir que la cuestión religiosa no era sino un argumento de propaganda inventado por los militares y derechistas. Pero este argumento chocaba con la evidencia de la persecución religiosa y con lo que los obispos –y en el primer momento también el suyo, Múgica, como veremos– enseñaban en sus documentos.

6. Bastante semejante es el resultado en Cataluña. Aquí el comisario general de Orden Público, Federico Escofet, capitán del Ejército, ayudado por Vicente Guarner, tuvo informes muy fidedignos acerca de cómo se preparaba la insurrección y pudo tomar todas las medidas necesarias recurriendo a las milicias anarcosindicalistas que se venían preparando. Tales milicias, adecuadas para la lucha en las calles, carecían de preparación militar y capacidad de maniobra. Escofet pudo contar con la Policía de Asalto y a última hora con la Guardia Civil, mandada por el general Aranguren y por el coronel Federico de Escobar, que también se puso al lado de la Generalidad. Manuel Goded, comandante general en Baleares, declaró el Estado de Guerra en Mallorca el día 19 con toda facilidad –aunque no se sumaran las otras islas– y pasó de aquí a Barcelona, convencido de que su presencia bastaría para cambiar la situación. No sucedió así: tuvo que rendirse y, juzgado por alta traición, murió fusilado. El ejemplo de Barcelona sirvió para que Gerona, Lérida y Mataró, que se habían sublevado, se sometiesen mientras que las guarniciones de Tarragona y Barbastro permanecían fieles al Gobierno.

Pero una vez dominada la situación, el 20 de julio, surgía la cuestión: ¿quién iba a gobernar en Barcelona? El propio Escofet constituye, en este caso, un testigo de excepción. Cuando Companys definió la «situación» como «caótica» porque la «chusma armada e incontrolada» era dueña de la ciudad, los mandos militares tuvieron que confesar que nada podía hacerse: el presidente de la Generalidad ya no estaba en condiciones de ejercer un control. CNT y FAI eran absolutamente dueñas de todo. Federica Montseny escribió, el 30 de julio, con júbilo, estas aterradoras palabras: «pronto la ciudad fue teatro de la revolución desencadenada. Las mujeres y los hombres, dedicados a los asaltos de los conventos, quemaban todo lo que dentro de ellos había, dinero inclusive... generosidad absoluta, fe grandiosa en la victoria y en la revolución».[11]

Junto a los anarcosindicalistas se alineaba el POUM (Partit d'Unificació Marxiste) que dirigían Joaquín Maurin y Andrés Nin, que se presentaban como de inspiración trotskista, aunque Trotski nada quería saber de ellos. Como la Lliga, la mayor fuerza conservadora del catalanismo, estaba al lado del Alzamiento, la Esque-

rra de Companys se vio arrastrada hacia los maximalismos de la izquierda. El primer proyecto para frenar la revolución anarquista fue la creación del PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña), cuyo jefe era Juan Comorera (22 de julio de 1936). Aquí, como en otras partes, el comunismo, verdadera filiación del PSUC, se presentaba dispuesto a reconducir la revolución.

Como era de esperar, los anarcosindicalistas carecían de programa. Ni siquiera tenían idea de cómo se podía gobernar. Al principio, Companys hubo de plegarse a sus exigencias formando un Gobierno mixto, con presencia muy decisiva de la FAI, aceptando la creación de Milicias Antifascistas encargadas de garantizar el «orden revolucionario». Pero enseguida comenzó a maniobrar con suma destreza para ir desbancando a quienes eran ya dueños de la calle. Para ello hubo de buscar apoyo en el PSUC y en los jefes militares que en el primer momento le ayudaran. Juan Comorera y el general Aranguren se convirtieron en hombres clave. Incrementó el número de miembros en las Fuerzas de Seguridad –naturalmente las nuevas reclutas procedían de la extrema izquierda– y empujó a las Milicias a que emprendiesen acciones exteriores. Esto las obligaría a aceptar el mando de oficiales de carrera.

II. EQUILIBRIO DE FUERZAS.

1. Se hace muy difícil escribir sobre la Guerra desde la perspectiva de hoy: la izquierda, vencedora a muy largo plazo, impone el criterio de que ella tenía razón completa y ninguna sus adversarios; la derecha, creyendo que con ello defiende a la democracia, niega su participación y lamenta con el slogan «nunca más» algo que sus enemigos nunca dicen. Para explicar la derrota en el campo de batalla se apela, desde esta dicotomía, al argumento de que Franco tuvo una ayuda exterior decisiva que al Gobierno de Madrid faltó, lo cual es falso. De nada sirve distorsionar los hechos. Sobre el papel los recursos gubernamentales eran superiores a los de los rebeldes. También es falsa la imagen de que la guerra era entre el Ejército sublevado y el pueblo: hubo más voluntarios «nacionales» que «rojos» si se tiene en cuenta que sólo una parte de las Milicias populares se mostró dispuesta a ir al frente.

Como hemos visto allí en donde los mandos naturales se sumaban al Alzamiento, la sublevación triunfaba fácilmente; pocas veces en el caso contrario y siempre con enconada lucha. Pero cuando la insurrección era aplastada no retenían las autoridades existentes el poder, pues éste pasaba a manos de comités políticos. Entre los rebeldes pasaba a depender de la autoridad militar. En todo caso se trataba de una situación enteramente nueva.[12] Si se tiene en cuenta el número de votos emitidos en febrero de 1936 cada bando contaba con la mitad de la población española aproximadamente. En cuanto a la ayuda exterior hoy sabemos, gracias a Salas Larrazábal, que fue ligeramente superior la obtenida por el Frente Popular.[13] La plantilla de italianos nunca superó los 40.000 hombres, ni la de alemanes los 5.000 –había un turno de rotación por lo que fueron muchos más los participantes–, mientras que las Brigadas Internacionales contaban con efectivos constantes por encima de los 70.000 combatientes.

En el momento de iniciarse la Guerra el Gobierno contaba con el 47% del Ejército, el 65% de la Aviación y la Marina, 51% de la Guardia Civil, 65% de Carabine-

ros, más del 70% de la Guardia de Asalto y el 59% de la población. En cambio los sublevados tenían los 47.127 hombres que componían el Ejército de África. La oficialidad se vio muy mermada en ambas zonas por huidas, ocultamientos, asesinatos y ejecuciones pero puede calcularse que alrededor de 4.500 sirvieron a las órdenes de Franco y 3.500 a las de sus enemigos. La inmensa mayoría de los aviones de combate quedó en manos gubernamentales y en la Flota el Gobierno conservó 40 unidades y los rebeldes tuvieron sólo 14. La zona nacional estuvo mejor abastecida de alimentos, pero su producción agraria era la destinada al consumo interior pues las exportaciones quedaron en la zona gubernamental. El Frente Popular podía generar divisas con más facilidad y, además, retuvo casi todas las reservas de oro, 2.438 millones, y la mayor parte de la plata, 533 millones. Franco sólo pudo contar con los 123 millones en plata que estaban depositados fuera de Madrid y los metales preciosos de que se desprendieron sus partidarios.

2. Dadas estas circunstancias cabe preguntarse por qué Franco pudo triunfar. No cabe una respuesta categórica porque muchos factores deben tenerse en cuenta y, probablemente, ninguno es decisivo. Desde luego, partiendo de la misma improvisada legitimidad de que partían las nuevas autoridades en el bando de enfrente, las Juntas de Defensa o Comités de salvación, él pudo conducir a sus partidarios a la unidad, lo que nunca lograron sus adversarios. «En la práctica, Giral y sus ministros eran simples figuras decorativas que no podían contar efectivamente con más apoyo que el de los partidos republicanos, desbordados por los acontecimientos». Así lo ve un anarquista conocedor de la documentación pertinente.[14] En realidad, cuando los sindicatos y partidos consiguieron la entrega de armas, entendieron que lo que se estaba produciendo era una sustitución del viejo Ejército por las Milicias, a las que consideraban como la nueva Fuerza capaz de generar y defender la Revolución.

Milicias contra Ejército. Cuando Castelló, en Madrid, y Companys, en Barcelona, pretendieron llamar a filas uno o dos reemplazos para restablecer el Ejército, las Milicias se opusieron radicalmente impidiendo la medida. El 6 de agosto Castelló sería sustituido en el Ministerio por Hernández Saravia. En este momento, Largo Caballero se mostraba partidario de las Milicias porque pensaba que el Alzamiento había fracasado y una represión política podía darle el poder. Más tarde cambiaría de idea. De todas formas el movimiento miliciano hizo perder al Frente Popular unos meses que luego resultaron decisivos. Detuvo al Ejército de Franco, pero a las puertas de Madrid y manteniéndose en posiciones defensivas. A pesar de los envíos de dinero que se hicieron a los representantes de diversos comités en París, las compras de armas fueron insuficientes y el despilfarro y la corrupción rebasaron los límites de lo que era tolerable. Además, como pronto se comprobó, no bastaba con equipar a las Milicias para hacerlas eficientes.

3. Vamos a enfrentarnos, en las páginas que siguen, con una Guerra Civil, tratando de explicarnos el papel que Franco desempeñó en ella. Toda Guerra Civil es dramática, cruel y terrible, no cabe duda, y se produce en el momento en que los bandos que van a combatir pierden la esperanza en que pueda lograrse la solución deseada por otro camino. Pero en el caso de la de 1936 a 1939 han sucedido dos cosas: a fuerza de ennegrecer al enemigo se han exagerado y desnivelado las cifras hasta un punto

tal que se la hace aparecer como lo que no fue. En cuanto a crueldad y represalias queda muy por debajo de lo que han sido las revoluciones comunistas, el nacionalsocialismo o incluso la represión en Francia antes y después de la «liberación». No es un argumento de tranquilidad el que pretendemos esgrimir sino una propuesta de acomodo de los hechos a la realidad. Tampoco es cierto que fuera una especie de «guerra sucia», como si no hubiera nada noble.[15] Muy al contrario. Una de las cosas que más llaman la atención es la impavidez ante la muerte: los combatientes de uno y otro bando parecían compartir la misma dramática aceptación de las consecuencias de su actitud; estaban en un juego en que perder podía significar morir. Carlistas, anarquistas, falangistas, coincidían en un punto: luchaban para construir un mundo mejor del que conocieran.

Para los carlistas, la consigna venía de don Alfonso Carlos y su telegrama del 18 de julio, ordenando a los suyos «alzarse en armas contra la República al grito de Viva España, para salvar la Religión y la Patria unidos a las tropas». La Junta Central carlista prohibió la represalia y ordenó salvar las cosechas y consagró a todos los combatientes al Sagrado Corazón de Jesús. El obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea, se sumó el 23 de agosto a este entusiasmo con unas palabras que deben ser meditadas: «No es una guerra la que se está librando, es una Cruzada, y la Iglesia, mientras pide a Dios la paz y el ahorro de la sangre de todos sus hijos –de los que la aman y luchan por defenderla y de los que la ultrajan y quieren su ruina– no puede menos de poner cuanto tiene a favor de sus cruzados».[16] En el lado opuesto, Weintraub y Regler vieron en la guerra española «la gran cruzada» contra el totalitarismo fascista.

Más nobleza en el frente que en la retaguardia –los combatientes se amargaban cuando, al volver a sus lugares de origen, descubrían que se ejercían represalias crueles por parte de los suyos– y más también en los románticos que en los racionales. Una matización muy importante debe hacerse en el caso de los comunistas. Para Stalin, como explicaba en una carta personal a José Díaz (16 de octubre de 1936), «liberar a España no es asunto privado de los españoles sino la causa común de toda la Humanidad avanzada y progresista». En otras palabras, la guerra civil era una etapa importante en el camino hacia la Revolución mundial. El Partido Comunista Español, extraordinariamente fiel a las directrices de la Komintern y del mismo Stalin, era muy pequeño al comenzar la guerra, pero confiaba, como en 1934, en servirse del ala izquierda del socialismo o, en el caso catalán, de la Ezquerra de Companys, para fortalecerse y, al fin, colocarse en la cabeza del movimiento. No confiaba en las Milicias porque era su proyecto crear un Ejército Rojo, vehículo para la Revolución. Desde 1932 había asesores extranjeros en el Partido, en especial Palmiro Togliatti (Ercoli), el argentino Codovila (Medina), el yugoslavo Stephanov y el húngaro Géro que se hacía llamar Pedro. El famoso escritor y propagandista Ilya Ehrenburg, que inventaría más tarde el término «deshielo» para definir la caída del stalinismo y las denuncias contra su espantosa tiranía, fue enviado a España después de la revolución de 1934 para organizar una propaganda sensacionalista.

Como réplica a la Olimpiada de Berlín, que el nacionalsocialismo manipulaba en su favor, la Komintern había proyectado una Espartaquiada, que fuese demostración del nivel deportivo del proletariado universal. Esta contra-olimpiada fue suspendida en la misma noche del 18 de julio, cuando muchos atletas estaban ya en Barcelona. Aunque la inmensa mayoría regresó a sus países respectivos, permane-

cieron alrededor de trescientos que se incorporaron a las Milicias. Fue un buen resorte de propaganda esta presencia pues los periódicos de la izquierda pudieron presentarla como la solidaridad internacional.[17] Nada tienen que ver estos atletas con las futuras Brigadas Internacionales.

Cada uno de los bandos pudo contar con intelectuales simpatizantes en el extranjero que realizaron amplia labor de propaganda y de falseamiento también. Entre los que apoyaban a Franco estaban bastantes ilustres escritores como Ezra Pound, Santayana, Claudel, Maurras, Brassillach, Pierre Gaxote o Hilaire Belloc. Fueron mucho más numerosos los que apoyaron a la República, lo cual demuestra que la intelectualidad europea y americana se inclinaba por estos años más a la izquierda que a la derecha. Incluso católicos como Maritain y Bernanos, hicieron propaganda, muy paradójica, en favor del bando que entre sus objetivos fundamentales colocaba la destrucción de la Iglesia. *Los cementerios bajo la luna* de George Bernanos, responden a la experiencia de un solo lado: el escritor visitó Mallorca, pero no Madrid o Barcelona.

Éste es otro de los aspectos en que los intelectuales más han contribuido a falsear: una vez tomada postura en favor de una de los bandos procedían a «inventar» lo que nunca existió. Malraux y Hemingway son algunos de los mejores fabricantes de leyendas, que nada tienen que ver con la realidad. No debe extrañarnos: constituye una de las tónicas más frecuentes en el mundo contemporáneo. Otra cosa es si las falsificaciones eran el resultado de una convicción profunda que les llevaba a ver las cosas «como ellos hubieran querido que fueran». Esto conduce a otro aspecto de la cuestión: las conversiones. Era lógico que muchos de los que acudían a España creyendo que iban a encontrarse con la democracia y descubrían el stalinismo se preguntasen, como Cattell o Bolloten si no se hallaban en presencia del «gran engaño». Tres famosos conversos produjo la guerra, entre otros muchos; Simonne Weil, Arthur Koestler y Georges Orwell. Simonne confiesa que los crímenes de los anarquistas fueron la causa de su profunda rectificación. Koestler era comunista en 1931 y actuó como espía. Detenido en Málaga por los nacionales y condenado a muerte, fue liberado por presiones internacionales, pero su terrible experiencia quedó para siempre en *El cero y el infinito*. Orwell (cuyo verdadero nombre es Eric Arthur Blair) plasmó en *Animal Farm* una imagen que responde muy bien a la situación española donde «todos los animales eran iguales pero algunos más iguales que otros».[18]

III. LA BÚSQUEDA DE MERCADOS.

1. Los oficiales de la Armada eran, en general, enemigos de la República, pero muy pocos se habían comprometido en el Alzamiento. Es muy probable que, en su visita a Tenerife en mayor de 1936, el almirante Javier de Salas González haya tratado de la conspiración con Franco. Pero en los planes de Mola, que apuntaban a una rápida marcha sobre Madrid, se prestaba muy poca atención a la Marina; se confiaba en su pasividad y en que no impidiese el paso del Estrecho. Por eso resultó tan fácil provocar el alzamiento que la desmanteló. Esa revuelta de la marinería creó un gravísimo problema a Franco porque podía impedir la utilización del Ejército de Marruecos. De hecho el Gobierno se dispuso a establecer un bloqueo en aguas del

Estrecho. La escasez de pertrechos, municiones y, sobre todo, aviación, se hizo angustiosa muy pronto para los militares.

Franco compartía el punto de vista de algunos de sus colegas, entre los que se hallaba su hermano Ramón, que desmintiendo una vieja trayectoria izquierdista se sumó al Alzamiento, de que en aquella guerra la aviación tendría una importancia decisiva, como arma de combate, de transportes y de comunicaciones. Cuando el general italiano Douhet publicó un libro afirmando que en la guerra futura lo decisivo sería el bombardeo de la retaguardia enemiga, muchas voces se alzaron clamando contra lo que consideraban contrario a la Humanidad, pero todas las potencias comenzaron a prepararse. El primer gran bombardero de precisión, el B-17, es anterior a la guerra española. Italia estaba fabricando su cazabombardero Mecozzi, y la URSS le copiaba. De las fábricas alemanas comenzaban a salir los Messerschmidt.[19] Durante toda la guerra, Franco y Kindelán sostuvieron que los bombardeos sobre poblaciones abiertas eran condenables, a pesar de lo cual, como veremos, se realizaron.

Toda clase de armas y municiones se necesitaban, pero en especial aviones. Al comienzo de la guerra el Ejército español contaba con ocho grupos: de ellos cinco permanecieron al lado del Gobierno y tres con los sublevados, de modo que, teniendo en cuenta además la relación de calidad, la proporción era de más del triple a favor del Frente Popular. Lo mismo sucedió con los pilotos, de los que 250 sirvieron a la República, 150 a los rebeldes y otros 200 quedaron dispersos, presos o muertos.[20] El mismo día 19 de julio Franco, convencido de que el golpe de Estado no había resuelto la situación y de que sus compañeros controlaban apenas la tercera parte del territorio nacional, la menos rica, por lo que debía pasarse a la segunda fase, por él prevista, de conquista del resto del país, decidió ya que había que realizar compras en el exterior. Lo que no dejaba de significar alguna osadía por su parte ya que carecía de dinero.

En principio, descartada Francia en donde gobernaba el Frente Popular, tanto Mola como Franco pensaron en los mercados británico e italiano, que eran los habituales del Ejército español. Mola encomendó a Juan Ignacio Luca de Tena las primeras gestiones, siempre con el respaldo financiero de don Juan March. La misma vía pareció escoger Franco cuando el 19 de julio, entregó a Luis Bolín una nota en que se titulaba «general jefe del Ejército español no marxista» y le envió a Lisboa en el mismo Dragon Rapide que trajera a ambos desde Casablanca, con encargo de consultar previamente con Sanjurjo. En una rápida nota escrita a lápiz, el general especificaba cuáles eran las necesidades inmediatas: 12 bombarderos, 3 cazas y la munición correspondiente a unos y otros.[21] No podemos saber si estaba ya proyectando el transporte aéreo de sus tropas.

2. Los contactos con Italia eran de doble origen y muy antiguos. Los monárquicos pensaban que el Gobierno de Víctor Manuel III estaba interesado en una restauración de la Monarquía en España. Además durante la Dictadura de Primo de Rivera se habían mantenido relaciones bastante estrechas entre ambos países; don Miguel mostró admiración hacia Mussolini. Sin embargo lo que predominaban eran los intereses comerciales: sendos acuerdos de 1923 y 1928 habían sido tan favorables a Italia que los rebeldes pensaban que Mussolini tenía que estar interesado en promesas

de mantenerlos y reforzarlos. Italo Balbo había mostrado una clara inclinación a apoyar los golpes que se prepararon en España. Hemos dado cuenta de los contactos que se habían tenido con los tradicionalistas, con Goicoechea y con José Antonio.

Pero Mussolini no respaldaba las acciones de Balbo.[22] Cuando Ciano asumió la cartera de Exteriores envió a Madrid en calidad de embajador a Rafael Guariglia, con el encargo de mejorar las relaciones de su país con la República, cosa que a Azaña convenía porque deseaba equilibrar el peso, un tanto excesivo, que Francia estaba ejerciendo. Ello no obstante, en marzo de 1934, cuando gobernaban los radicales de Lerroux con ayuda de la CEDA, Mussolini accedió, a través de Balbo, a recibir a Antonio Goicoechea, haciéndole vagas promesas de apoyo para un proyecto de restauración monárquica[23] y también, como hemos visto, a José Antonio Primo de Rivera. Lerroux, atendiendo los acuerdos de la Sociedad de Naciones, participó en las sanciones económicas contra Italia al producirse la invasión de Etiopía, pero el Frente Popular las había levantado el 15 de julio de 1936, justamente en víspera del Alzamiento. Las posibilidades que la industria militar italiana ofrecía fueron tomadas en consideración por ambos bandos.

Goicoechea estaba en Madrid todavía el 18 de julio. Huyó por carretera y fue a instalarse en Burgos donde el Alzamiento había triunfado. El día 20 Mola le llamó. Acababa de tener noticia de que Mussolini había rechazado la primera petición que se le hiciera y era necesario que el protagonista de las conversaciones de 1934 recordara al Duce sus promesas.[24] Por parte de Mola significaba una confesión más de que necesitaba renunciar a su republicanismo inicial para hacer más intensa la participación de los monárquicos.

3. ¿En qué momento surgió en Francisco Franco la idea de que necesitaba lograr el apoyo de Alemania y su industria para resolver la angustiosa falta de material de guerra? Conocemos un antecedente cuya importancia ha sido destacada por Ángel Viñas: durante su etapa de jefe del Estado Mayor parece haber tenido la convicción de que sólo Alemania, que estaba comenzando el prodigioso desarrollo económico que caracterizó la primera etapa del III Reich, poseía las condiciones industriales y financieras necesarias para proporcionar el armamento moderno y eficiente que figuraba en el proyecto de Gil Robles para la reconstrucción del Ejército español.[25] De modo que el recuerdo pudo operar de manera automática.

Estas gestiones nada tienen que ver con la leyenda de una participación nazi o fascista en el Alzamiento; antes bien, la niegan. Tampoco con las gestiones atribuidas a Canaris. El famoso almirante, que desde su estancia en Madrid durante la Primera Guerra estaba considerado como un experto en asuntos españoles, tomó posesión de la Abwer, el Servicio de Información de la Marina, en enero de 1935 y no concedió demasiada importancia a lo que estaba sucediendo en España. Situó a uno de sus agentes, Albrecht von Koss, en la Embajada de Madrid, pero no recibió de él otras noticias que aquellas que hubiera podido obtener también de los periódicos.[26]

Acudamos, una vez más, al recuerdo de Franco, fijado por escrito veinte años después:

> «Toma de contacto con italianos y alemanes. Ofrecimiento del agregado italiano y del de la HISMA (el súbito). Cartas a Hitler y recado de Mu-

> ssolini dándoles cuenta del cambio de situación... No ha habido el menor compromiso. (Tengo) necesidad de aclarar cuáles fueron nuestras relaciones con Alemania e Italia (y la) falsedad de que antes del Movimiento y en su preparación hubiese habido ninguna clase de relaciones entre los directores del Movimiento Nacional y esas dos naciones. La única relación la establecí yo desde Marruecos al dar noticia del cambio de situación ocurrida en Marruecos al Residente General francés y esperando establecer las buenas relaciones de vecindad, al gobernador de Gibraltar con motivo de la presencia de destructores rojos que habían asesinado a sus oficiales y que se refugiaban en sus aguas, y a Mussolini e Hitler dándoles cuenta del cambio operado, de nuestros propósitos anticomunistas y la petición de facilitarnos la venta de dieciséis aviones de combate para evitar cayese el Occidente en el comunismo. Hemos de recordar que el avión que me trajo de Canarias a Marruecos fue un avión inglés alquilado (Dragón) en Inglaterra, y los dos, piloto y mecánico, ingleses. Ya entonces preveíamos lo que iba a pasar con el comunismo».[27]

El protagonismo de Franco se veria inesperadamente aumentado al producirse, el 20 de julio, la muerte de Sanjurjo en accidente aéreo cuando salía de un pequeño aeropuerto cercano a Lisboa[28] y no haberse constituido aún la Junta de Defensa que debía reemplazarle. Desde Tetuán, el futuro Generalísimo ordenó a Orgaz que se incautase del bimotor de Lufthansa que hacía el servicio de Canarias y viniese con él a Marruecos: cabe suponer que estaba pensando en el envío urgente de mensajeros a Alemania.[29] Sabemos que el 21 recibió en su despacho a un hombre de negocios alemán, establecido desde bastante tiempo antes en Marruecos, Johannes Bernhardt, que andaba en dificultades económicas y no era persona grata en la Wilhelmstrasse[30] pero que estaba en relación con Adolf Langenheim, ortsgruppenführer nacionalsocialista en Marruecos, cuya posición permitía abrir puertas que sólo el Partido podía franquear.[31] Bernhardt se ofreció para viajar a Alemania y realizar gestiones: obraba, sin duda, en calidad de hombre de negocios para quien la ocasión permitía abrigar esperanzas de buenos beneficios para su país y sus empresas. Todo esto es normal.

Franco no se comprometió demasiado en esta primera entrevista. Escribió una carta a Hitler, que dos oficiales se encargaron de llevar viajando en el avión de Lufthansa, y prefirió que Juan Beigbeder, que había sido agregado militar en Berlín, reanudara los contactos con el general Enrich Kühlental como si se tratara de continuar los proyectos de que aún se hablaba en enero del mismo año.[32] El 22 de julio Beigbeder envió un telegrama; dos días más tarde los oficiales portadores de la carta para Hitler llegaban a Berlín. El informe del Ministerio de Asuntos Exteriores fue absolutamente negativo: no había ninguna confianza en el Alzamiento militar ni posibilidad de ayudarle en secreto: «las entregas de armas a los rebeldes se conocerían muy pronto y los miembros de la colonia alemana en España así como los barcos comerciantes o de guerra se encontrarían en dificultades».[33] Franco informó a Mola, que no se sorprendió en absoluto: a través de sus contactos con Veltjens conocía la oposición de los elementos oficiales en Alemania al proyecto español.

Fue entonces cuando Franco decidió aceptar los ofrecimientos de Bernhardt y Langenheim.

ramente si Alemania hubiera decidido vender a ambos bandos, como al final hizo Gran Bretaña, aunque en proporciones desiguales, no hubieran podido plantearse muchas de las acusaciones que ahora se manejan.

IV. EL «PECADO ORIGINAL» DE FRANCO.

1. El avión Dragón Rapide, utilizado en los primeros desplazamientos, fue clausurado por las autoridades francesas y devuelto a Inglaterra; esto contribuyó a que se alteraran algunas comunicaciones. En las primeras horas Luis Bolín estuvo prácticamente sólo en Roma. Hasta el 24 no llegó Juan Ignacio Luca de Tena; con anterioridad Bolín había comunicado a España los términos de la negativa de Mussolini. Su Gobierno no iba a poner obstáculo a la venta de algunos aviones, pero en las condiciones ordinarias, esto es, pago al contado y exportación por vía marítima de las piezas desmontadas. Esto no resolvía las perentorias necesidades de Franco que contemplaba el bloqueo del Estrecho. El conde de Ciano[37] recomendó a Luca de Tena que viajara hasta Metternich, en Bohemia, donde se hallaba Alfonso XIII, para solicitar su intervención.[38] El 22 de julio, en una reunión presidida por Mola, en Pamplona, se habló de la gravedad de la situación; muerto Sanjurjo, fracasado el Alzamiento en la mayor parte de España y estando Leon Blum dispuesto a abrir sus fronteras a la ayuda al Frante Popular, los sublevados pasaban a ocupar posiciones de inferioridad muy manifiesta. En estos momentos Antonio Goicoechea, acompañado por Luis Zunzunegui y Pedro Sainz Rodríguez, viajaba hacia Roma adonde iban a llegar el 24. Mola comunicó que, al mismo tiempo, había enviado al marqués de Valdeiglesias a Berlín.[39]

La noticia de la primera reunión del Gabinete francés, el 21 o 22 de julio, aquélla en que se había acordado prestar toda clase de ayuda, fue disipando las reticencias iniciales de Mussolini, a quien de ningún modo convenía que los acuerdos existentes entre Francia y España se convirtieran en una alianza del Frente Popular. Dio su permiso para que los doce aviones que Juan March pagó el 27 y 28 de julio, fuesen conducidos por tripulantes italianos sin uniforme hasta los aeropuertos de Marruecos; el 27 de julio se telegrafió urgentemente al cónsul italiano en Tánger para que informase de la situación y de si era posible el viaje. Salieron, el 30 de julio, de la base del Elmas, en Cerdeña, pero la expedición estaba tan mal preparada que sólo nueve de los aparatos consiguieron llegar a su destino; uno cayó al mar, y otros dos tomaron tierra por error en la zona francesa de Marruecos y fueron internados. Una noticia esta última que pudo ser aprovechada por la prensa izquierdista internacional.[40]

2. En las negociaciones con Italia, que fueron llevadas más desde Pamplona que desde Ceuta, se puso de manifiesto el compromiso adquirido por los monárquicos alfonsinos y por el propio Rey, con el Alzamiento. Nos hemos referido antes a la conspiración, cuando todo era llevado en secreto, pero en Roma, al reactualizarse los compromisos de marzo de 1934, todo salió a la luz pública.[41] El conocimiento de estas gestiones despertó en la prensa republicana un clima de odio feroz a cuanto significara monarquismo; esta actitud perseveraría luego ya que la prensa en el exi-

lio hizo verdaderas filigranas a la hora de inventar insultos contra Alfonso XIII y su hijo. Muchas personas fueron perseguidas o asesinadas por simple sospecha de monarquismo. La situación posterior, de los años ochenta y noventa, en que el PSOE gobernaría, con poder absoluto, dentro de un sistema monárquico, era, sencillamente impensable en 1936. Pero también en la zona nacional despertaba la Monarquía signos de contradicción. Los propios monárquicos, cuando no se produjo la Restauración inmediatamente después del término de la guerra, también se desilusionaron: no querían admitir que el Alzamiento hubiera podido tener otra meta que la de devolver el trono al Rey. A esto los generales no estaban dispuestos.

La Monarquía en cuanto forma de Estado suscitaba también graves problemas: durante un siglo carlistas y cristinos-isabelinos-alfonsinos habían protagonizado enfrentamientos muy ásperos. Ahora, en la guerra, los carlistas formaban contingentes muy numerosos de voluntarios y las Brigadas de Navarra, compuestas también por guipuzcoanos, alaveses y vizcaínos, significaban una de las fuerzas más aguerridas y eficientes de todo el Ejército nacional. Alfonso Carlos había ido a instalarse en San Juan de Luz, junto con su esposa, para mantener contactos más estrechos con sus seguidores. Siguiendo un plan trazado por Fal Conde, los carlistas intentaban crear un ejército propio con uniforme especial color caqui, boina roja y emblema de las aspas de Borgoña. Después de 1931 se habían mantenido algunas conversaciones, de las que hemos dado cuenta, en las que se manejó la propuesta de reconocer al tercer hijo de Alfonso XIII, el infante don Juan, como heredero en quien pudiesen confluir los derechos de ambas ramas. Recuérdese que las negociaciones habían fracasado.

Había un modo, imaginaban los monárquicos, de forzar la marcha y era situar al infante en la línea del frente, uno más entre los voluntarios que afluían. El 31 de julio de 1936 don Juan de Borbón cruzó la frontera de Navarra, acompañado por algunos incondicionales entre los que se hallaban el infante Juan Eugenio de Baviera, el capitán Jorge Vigón, el conde de Ruiseñada, el marqués de la Eliseda, Luis Zunzunegui y Eugenio Vegas Latapie –las memorias de este político, recientemente publicadas por la editorial Actas, constituyen una muy valiosa fuente de información–. Según la dirección que tomaron puede colegirse que el pequeño grupo pretendía sumarse a los jóvenes de Renovación Española que estaban en el frente de Somosierra. El proyecto se vio interrumpido casi en sus comienzos. Al llegar a Aranda de Duero, un capitán de la Guardia Civil vino a transmitir a don Juan la orden de Mola para que regresara a Francia porque «debe ser otra la forma en que vuestra alteza entre en España».[42] Por testimonios posteriores sabemos que Franco estaba absolutamente de acuerdo con Mola en esta cuestión y que ninguno deseaba aparecer como generales al servicio de una vuelta al 14 de abril de 1931.

3. Sucedió que las gestiones realizadas por Franco en Alemania dieron resultado mientras que las del marqués de Valdeiglesias fracasaron; la razón era que el segundo utilizo únicamente los medios oficiales mientras que el primero se dio cuenta muy pronto de que el verdadero poder lo tenía el Partido. El 22 de julio, en Tetuán, el general celebró una nueva entrevista con Bernhardt, de la cual salieron dos decisiones: enviar a Alemania una delegación especial que intentara el contacto directo con el Führer, y constituir una empresa que pudiera canalizar las compras, créditos y pagos. Fue, al parecer, el mismo Franco quien propuso el nombre de Hispa-

no-Marroquí (HISMA).[43] Es evidente que el mando nacional no pretendía lograr una ayuda gratuita pues no se trataba de sostener a unos correligionarios, sino que se le abriesen los mercados de armas y se le facilitase el traslado abriendo créditos y estableciendo formas de pago y un fondo de compensación. El argumento era que, librándose en España la gran batalla contra el comunismo, el III Reich tenía que interesarse por la victoria «nacional», pues un Frente Popular vencedor se convertiría en su enemigo. Los alemanes estaban informados de la escasez de recursos monetarios que padecía Franco ya que Juan Beigbeder, que iba a permanecer en Tetuán en calidad de alto comisario, estaba en contacto frecuente con el agregado militar en París al que explicaba la situación.

En el momento de nombrarse la comisión aún se desconocía la respuesta negativa de la Wilhelmstrasse, que tuvo lugar después del 23 de julio. Estaba compuesta por cuatro personas: Francisco Arranz, oficial de Aviación, Bernhardt, Langenheim y el piloto del avión «Max von Müller», de la Lufthansa, que iba a ser utilizado en el viaje; se llamaba este piloto Alfred Henke.[44] El avión llegó de Las Palmas, como sabemos, el 23 de julio, y en él viajaba el general Orgaz. Costó mucho trabajo convencer a Langenheim, que carecía de órdenes superiores, y más aún a Henke, que en sus airadas protestas llegó a decir que no estaba al servicio de un «räubergeneral» refiriéndose a Franco, pero finalmente el avión despegó de Tetuán a las cinco y media de la tarde del 23 de julio y, tras hacer escala en Sevilla, Marsella y Stuttgart, llegó a Berlín cuando comenzaba la noche del 24. Los comisionados tuvieron entonces noticia de la radical negativa del Ministerio de Asuntos Exteriores. Sin embargo el almirante Canaris sí se mostraba inclinado a sostener la causa de Franco.[45]

Ninguno de los altos dignatarios del Partido se encontraba en estos momentos en Berlín: acompañaban a Adolfo Hitler en el festival Wagner de Bayreuth, que había llegado a convertirse en una especie de rito para el nacionalsocialismo. Los cuatro enviados de Franco acudieron a la Auswartige Amt, la oficina para las relaciones exteriores del Partido nazi, y fueron recibidos por Rudolf Hess; éste se encargó de gestionar una audiencia con el Führer, la cual tuvo lugar en Bayreuth, aprovechando un descanso de las maratonianas representaciones (26 de julio de 1936). En definitiva fue una decisión personal de Hitler la de que debía proporcionarse a Franco las armas que necesitaba para conseguir la victoria, abriéndosele un crédito para pagarlas.[46] Aquel mismo día, que era domingo, se constituyó en Berlín un organismo llamado «Sonderstab W» bajo directo control de Göring.[47] Se pasaron instrucciones al cónsul general en Tetuán para que se entrevistase con Franco, lo que hizo en la mañana del lunes. Según el cónsul –lo que quiere decir que no hay que poner una fe absoluta– Franco le dijo que el próximo Gobierno nacional sería un Directorio de tres generales que él presidiría con Mola y Queipo y que las relaciones amistosas, tanto económicas como culturales o militares, con Alemania estaban garantizadas.[48]

Es muy posible que en esta decisión tan radical del Führer influyesen varias circunstancias, como el deseo de dar más audiencia a la Oficina exterior del Partido que a la Wilhelmstrasse, o los informes que estaba recibiendo acerca de los acuerdos adoptados en Francia y por la Komintern. Conocía en aquellos momentos la noticia dada por Radio Praga. De hecho, apenas transcurrida una semana desde el alzamiento militar, se había llegado a la internacionalización del conflicto, enmas-

carada, desde luego, con protestas de neutralidad y negativas a la intervención, como sucede con frecuencia.[49]

4. La verdad más profunda que se oculta tras las negociaciones es que ambos bandos se convencieron muy pronto de que tenían que encararse a una guerra prolongada ya que ninguno disponía de medios materiales suficientes para liquidarla con rapidez. Tal fue el primer éxito de Franco, haber conseguido que se le abriese el que ya era mercado principal de armas en unas condiciones de pago diferido que, si se usaban con prudencia, iban a permitirle equipar las fuerzas necesarias para la victoria. Al mismo tiempo que Göring el general von Blomberg, ministro de la Guerra, recibía la orden del Führer; inmediatamente pasó al general Wilberg y al almirante Canaris la orden de que le informasen de cuáles eran las verdaderas necesidades. Canaris contactó con su colega italiano el general Roatta e informó, el 6 de agosto, cuando ya había comenzado la marcha hacia Madrid, que Franco necesitaba de todo, aviones de caza, bombas, ametralladoras, municiones y hasta un barco cazasubmarinos para limpiar de enemigos el Estrecho.[50] En este mismo mes de agosto Wilberg y Canaris viajaron a España para comprobar sobre el terreno la situación. En este momento la Reichswehr descartaba absolutamente el envío de combatientes; sólo admitía la posibilidad de proporcionar algunos instructores para el Ejército español, al que juzgaba de muy escasa calidad.

Göring ordenó a Langenheim que regresara inmediatamente a Tetuán para obtener de Franco las garantías firmes de pago de todo el material que recibiera, conforme éste había ofrecido en su carta: se le abría un crédito generoso pero debía quedar bien entendido que se trataba de una inversión, no de un regalo. Las autoridades alemanas consideraron a Franco, que se titulaba únicamente general jefe del Ejército de África, como único interlocutor y responsable válido. El modesto ortsgruppenleiter iba a encontrarse situado durante algunos meses en una posición singular de protagonismo. También estaba convencido de que la intervención fortalecería las influencias nazis en España.

Brian Crozier, con cierto sentido del humor, califica este éxito como el «pecado original» de Franco: había podido obtener en Alemania armas que en otros lugares se solicitaban, armas que, curiosamente, el Gobierno de la República también había querido obtener. Tres barcos alemanes zarparon dentro del mes de agosto: dos iban cargados de combustible; el tercero, Wigbert, desembarcó en Lisboa, entre otras cosas seis Heinkel 51 y dos Junker. Acompañando el cargamento, Bernhardt cruzó la frontera portuguesa y fue a informar a Mola en Valladolid; de acuerdo con las instrucciones que el general Wilberg le diera, dejaba constancia que se hacía entrega a Franco y a nadie más; él sería responsable de todos los pedidos.[51] La propaganda frentepopulista convirtió las compras en una especie de compromiso político de gran alcance, pero desde luego, no hubiera dejado de emplear aviones alemanes si se hubieran aceptado sus peticiones de compra. El Generalísimo consideró siempre como una gran injusticia las acusaciones que contra él se formularon por esta causa. En realidad, puestas las cosas como estaban y jugándose en España tanto futuro como indudablemente estaba sobre el tapete, era lógica la actitud de la izquierda europea cuando consideraba lícita cualquier ayuda al Gobierno de Madrid e ilícita a sus enemigos.

Franco es uno de los personajes de la Historia contemporánea que ha sufrido más descalificaciones, injurias y calumnias que contribuyen a deformar, todavía hoy, cuando van a cumplirse veinticinco años desde su muerte, lo que es la época. De un modo subconsciente lo que sus enemigos le reprochan con dureza es que habiendo tomado en sus manos un alzamiento militar fracasado y una guerra que la Junta de Defensa parecía incapaz de ganar, él diese un giro completo a los sucesos y con tozuda lentitud y empeño consiguiera una victoria completa, sin condiciones. En esto consiste verdaderamente el «pecado original» de Franco, aquel que nadie parece todavía dispuesto a perdonar.

V. LA POSICIÓN IDEOLÓGICA INICIAL DE FRANCO.

1. No estamos sosteniendo que, con posterioridad, el Partido Nacional Socialista alemán y, en menor medida, el Fascista italiano, no hayan pretendido emplear la dependencia nacional en suministros para lograr una fuerte influencia política: pero de estas presiones tendremos que hablar a su debido tiempo. Todavía en muchos libros se habla de un Estado fascista español, como si existiera una filiación, semejante a la que en algunos países europeos llegó a establecerse durante la Segunda Guerra Mundial. Esto no es cierto y como todo lo falso impide una explicación correcta, objetiva, de los sucesos. Me parece que, tras el examen de tan abundante documentación como hoy empieza a estar al servicio de los historiadores, estamos en condiciones de afirmar que Franco consideraba a Alemania e Italia como naciones amigas más convenientes para España que Francia o Inglaterra; y esto por encima de sus regímenes políticos. Después de 1945 encontró comprensión y ayuda que creía le faltaban en otras naciones. Por encima de ellas, desde 1953, sólo colocó a los Estados Unidos. Estamos hablando de intereses, no de simples simpatías.

Repitiendo conceptos y noticias que ya hemos dado, dejemos sentados dos hechos cuya comprobación han efectuado historiadores que no pueden considerarse favorables a Franco: ni en la preparación ni en el desencadenamiento de la sublevación militar existió parte alguna de Alemania o Italia; la decisión del Führer de rectificar la rotunda negativa inicial, se produjo después de que la Komintern, por un lado, y el Gobierno francés, por otro, hubieran decidido prestar ayuda a la República.[52] Los primeros aviones y carros de combate que entraron en acción fueron franceses y soviéticos, no alemanes o italianos. Salas Larrazábal añade, con estadísticas en la mano, que a lo largo de la guerra, las ayudas desde el exterior, en hombres y material, a la zona roja superaron ampliamente las recibidas por los nacionales. Antes de que se despachara el primer pedido alemán ya estaba decidido el suministro de veinte bombarderos franceses.[53]

Resulta de absoluta necesidad el intento de reconstruir, valiéndose de los escritos y discursos de Franco en estos últimos días de julio, cuál era su punto de partida político.[54] Para ello disponemos sobre todo de dos documentos: la alocución radiada el 21 por Radio Tetuán, que tuvo entonces muy escasa difusión y la proclama que se publicó dos días más tarde en el *ABC* de Sevilla; en ambos utilizó el término «movimiento nacional» todavía con minúsculas e intentó definirlo. Si completamos tales documentos con otras alocuciones y con discursos posterio-

res, podemos formular, a modo de hipótesis, una especie de programa en cuatro puntos.

2. Ante todo parece que Franco quiso dejar muy claramente establecida la naturaleza del movimiento militar iniciado el 18 de julio –ya se consagraba esta fecha– calificándolo de «una cruzada en defensa de España». Todavía no se invoca, como sucederá después, ninguna clase de sentimiento religioso. Insistió: «no se trata de un movimiento militar o de clase, se trata de la vida de España». Defender a España contra el marxismo, que destruye inexorablemente los valores morales de la persona humana, niega su trascendencia y, con ella, la dignidad del hombre, el sentido de la Patria, amenazándola de división, y la fe en Dios que constituye el más preciado patrimonio de los españoles. En las horas iniciales no se percibe ni el más ligero vislumbre del monarquismo que manifestará luego: «éste es un movimiento nacional, español y republicano que salvará a España del caos en que pretendían hundirla». Hay, pues, perfecto sincronismo en lo que Franco, Mola y Queipo sostienen, como se había acordado.

El futuro Generalísimo apuntaba, desde antes del 22 de julio, cuando aún no se había creado la Junta de Defensa Nacional, a una calificación de la guerra civil como recurso extremo y obligado para impedir la implantación del comunismo soviético en España. Se trata de una tesis que incorporará luego a su programa de gobierno y que dará origen a una convicción, que sus críticos le reprochan, de que había conseguido precisamente eso, que en 1936 no se implantara en España la dictadura comunista.[55] Magnificaba las dimensiones del conflicto haciéndolo europeo –«todos tenéis el deber de cooperar en la lucha definitiva entre Rusia y España»–[56] ya que en definitiva se impidió que la Komintern dispusiera de una base en la península sudoccidental del Continente.

3. Después de las elecciones de febrero en que los que un día delinquieron contra la República provocando una revolución habían llegado al poder, no quedaban más que dos opciones: resignarse a una nueva «pérdida» de España o adelantarse a su reconquista. Franco no pronunció ninguna frase de disculpa, ni aludió a pactos: aquélla era una guerra entre el bien y el mal y no cabía sino situarse en una de las partes, sin dejar de reconocer la tragedia que consigo comporta la violencia. Es la misma dramática actitud que en Salamanca observará Unamuno. Por estos días José María Pemán, otro de los grandes intelectuales olvidados comenzaba a escribir un *Poema de la bestia y el ángel*, cuya profunda belleza aún nos estremece, después de muchos años. «Una mano secreta desde la noche oscura, ha ordenado una siega satánica de cruces». «Envuelta en humo y fuego, la Bestia se ha parado. Rugen, dentro, blasfemias en una lengua extraña. La voz, de ángel y niño, del soldado, no dice más que ¡España!».[57] No cabían distingos y a esto se refería con insistencia Franco: el Ejército había hecho, en definitiva, lo único que quedaba por hacer, tomar las armas, ya que la otra alternativa no era sino la de morir. No con la muerte física sino con la del alma, que es más terrible.

De ahí una curiosa consecuencia: el Ejército, cuya representación más eficaz residía en estos momentos en Marruecos, se preparaba a «reconquistar» y «restaurar». «El general Franco –decía la proclama– sin descanso prepara y asegura el desembarco de sus Banderas y Tabores». Y desde Tetuán cursó un radiograma a Casa-

res Quiroga, creyendo que aún era presidente del Gobierno, anunciándole que «el movimiento restaurador español triunfará totalmente y os exigiremos cuentas de vuestra conducta; os intimo a que entreguéis el mando y os sometáis».[58] Sobre el papel la empresa parecía imposible. Tras el primer viaje antes mencionado, el destructor Churruca, que tomara parte en él, había experimentado la rebelión de la marinería que asesinó a sus oficiales y lo llevó a Málaga. Confluían los barcos de guerra de la República y el Estrecho se convertía en un camino hostil.

En medio de estas preocupaciones, a veces angustiosas, se manifestó uno de los rasgos de su carácter que habría de convertirse en parte de su política: el silencio. En una ocasión tan propicia a las frases rotundas, él prefería callar. Probablemente la falta de dotes oratorias le inclinaba mucho a esta actitud. Pero es, de cualquier modo, un hecho que no podemos olvidar porque forma un a modo de ingrediente sustancial de su estrategia. Cuando debe hablar entiende que debe decir únicamente la verdad, sin exageraciones; y antes que hacer promesas vacías, prefiere el silencio. Naturalmente sus adversarios no estaban de acuerdo con sus opiniones y por eso creían que mentía; pero esto es erróneo. Franco creía estar diciendo siempre lo que era real, aquello que juzgaba evidente. Esto no debe entenderse como que estemos diciendo aquí que lo fuera siempre; cometía errores, como todos los hombres, y a veces muy serios.

4. La tercera parte consiste en señalar los objetivos sociales del Movimiento Nacional, tratando de desmentir la propaganda que lo presentaba al servicio de la burguesía y del capitalismo. «Os engañan quienes os inculcan que va a retrocederse en los avances sociales». Enseguida toma la primera persona del plural para decir: «salimos todos los oficiales y soldados» de las clases modestas y no de las filas de los poderosos. De modo que lo que se ha emprendido «no es un movimiento en defensa de determinadas personas: al contrario, mira especialmente al bienestar de las clases obreras y humildes, así como de nuestra sacrificada clase media». Es su propia experiencia familiar hecha de firme austeridad la que asoma tras estas palabras. Pero curiosamente, el Generalísimo, al final de su vida, se sentía muy inclinado a considerar que el verdadero resultado de su obra de gobierno había consistido en el desarrollo y consolidación de una clase media producto de la elevación social de gran parte del antiguo proletariado.

No, rotundo, a la lucha de clases. Otro de los leit motivs de la propaganda futura del Régimen. En definitiva estaba pidiendo, como los Papas desde León XIII, que se alejase la perspectiva de victoria de una clase sobre otra, cualquiera que fuese la vencedora. No se trataba de superar las contradicciones internas del capitalismo mediante el Estado «de bienestar», como apuntaba Keynes, ni de implantar tampoco un socialismo de Estado como pretendían los nazis y muchos españoles del tiempo, sino de aplicar el principio de que el trabajo, su abundancia y permanencia, es lo primero que importa. Cuando el 28 de agosto de 1936 –volveremos sobre este punto– se suspendió la reforma agraria de la República, muchos creyeron que se volvía atrás. En realidad se intentaba detener lo que parecía una mala solución desde el punto de vista económico para pasar a otra. No se discutía el principio de justicia social que conduce a convertir al campesino en propietario de la tierra que trabaja –esto serán los planes de colonización y de regadío– sino de que este reparto no con-

dujera a un empobrecimiento peor que aquel que se pretendía remediar.[59] De nuevo Joaquín Costa y el regeneracionismo imperaban.

Muy pronto, algunos de los partidarios de Franco se decepcionarían amargamente porque esperaban exactamente lo contrario de lo que se hizo. No se volvió atrás.

5. En Ceuta, durante una improvisada alocución, Franco encontró una frase que respondía al cuarto concepto fundamental de este punto inicial de partida, y que sin duda consideró muy feliz a juzgar por el número de veces que más tarde la emplearía: «ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan». Lejana meta que parecía entonces inalcanzable. En aquella España pobre y rota, de las colas y la escasez, aunque todavía no se advirtiera en la zona de su obediencia, soñar con algo como el pleno empleo, la estabilidad en el trabajo y un cierto desahogo económico, parecía entera utopía. Pero lo que sí era evidente en el discurso, tras la retórica de la frase, una inversión en el sentido de la marcha: partiendo de abajo, construir la primera de las libertades, aquella que permite al ser humano instalarse en el ámbito de su familia en condiciones mínimas de estabilidad. Dicha política, que fue una constante del Régimen y que logró mantener las tasas de paro en niveles mínimos e introducir grandes ventajas para los trabajadores que antes no existían, obligaba sin embargo a una medida previa. La riqueza, antes de ser repartida, tiene que ser creada. Y no se crea confiscando la propiedad sino exigiendo de ella un rendimiento.

«Con nosotros van el bienestar y la paz de España». En las horas sombrías de 1941 o en las más optimistas de 1961, cuando se ascendía ya por el desarrollo, amigos y adversarios se pusieron a debatir en torno a ese «bienestar» dando principal relieve a lo que era puramente material. Pero en 1936 Franco daba más importancia a otros conceptos como «la familia, la Religión y la Patria». No parece que puedan considerarse como argumentos de propaganda sino como declaración del enlace entre él y las corrientes del tradicionalismo. La Guerra Civil española era, entre otras cosas, confrontación entre dos posiciones humanas muy radicales. Dios estaba en medio. De un lado se trataba de arrancar la religión considerándola esencial obstáculo para el progreso. Del otro se solicitaba de la fe católica que pusiera el ardiente entusiasmo. Los «nacionales» exageraron sin duda su patriotismo y su catolicismo, pero los «rojos» exageraron también su antirreligión y su odio a la Patria.

Pero ahora, para Franco, en esas horas del 22 al 26 de julio, antes de que llegara noticia de la creación de la Junta de Defensa nacional, el problema acuciante era otro: pasar con su Ejército a la Península, ganar la guerra.

Notas al Capítulo 15.

[1] Sabemos que el general Romerales, comandante de la región oriental, el capitán Arturo Álvarez Huylla, alto comisario, y el jefe del aeropuerto de Sania Ramel, Ricardo de la Fuente Bahamonde, primo de Franco, fueron después juzgados y ejecutados. J. y R. Salas Larrazábal, *op. cit.*, p. 290.

[2] Este donativo, y otro que enviaron las comunidades sefardíes de Rumanía –en contraste con el sionismo que apoyaba al Frente Popular– crearon un compromiso que tuvo notables consecuencias posteriores a favor de los judíos.

[3] J. M. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, Madrid, 1986, p. 22.

[4] J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra*, pp. 310-314. Especialmente F. y S. Moreno, *La guerra silenciosa y silenciada (Historia de la Campaña Naval)*, I, Madrid, 1998.

[5] J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, pp. 25-50.

[6] Edición facsímil de este artículo en *Documentos*, pp. 92-94.

[7] Un relato pormenorizado del asedio, con noticias de testigos directos, aunque muy laudatorio para los defensores en Joaquín A. Bonet, *Simancas: epopeya de los cuarteles de Gijón*, Gijón, 1939. J. M. Martínez Bande, *Nueve meses de guerra en el Norte*, Madrid, 1980, p. 108 y ss.

[8] J. M. Martínez Bande, *Nueve meses...*, p. 36, nota 19.

[9] Este entendimiento de última hora entre nacionalistas y socialistas tuvo repercusiones muy hondas y duraderas. Defraudó a los militares que contaban con Vizcaya y Guipúzcoa y creó un especial y exagerado resentimiento. Franco conservaba la carta autógrafa que el coronel Alfonso del Oso Romero escribió para él inmediatamente antes de su ejecución: «Dentro de una hora aproximadamente voy a ser fusilado por esta amalgama vasco-roja y sólo pido a Dios conservar la elegancia de gesto precisa para enseñar a los rojos cómo se muere por un ideal». *Documentos*, I, p. 43.

[10] J. del Burgo, «De la República y de la conspiración», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, p. 145.

[11] J. M. Martínez Bande, *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*, Madrid, 1939, pp. 20-26.

[12] J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra*, p. 315. Luis María Sandoval, «Las causas silenciadas de una victoria», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 211-219.

[13] Especialmente a través de R. Salas Larrazábal, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, 1980. Volveremos sobre él con otros detalles. Publicada con el mismo título en *La Guerra Civil Española (60 años después)*, Ed. Actas, Madrid, 1999.

[14] Francisco Olaya, p. 36.

[15] J. M.ª García Escudero, «La España que vieron los extranjeros», en *La guerra y la paz cincuenta años despues*, pp. 337-338.

[16] F. J. Lizarza, *op cit.*, pp. 151-163, ha recogido la documentación fehaciente que explica la conformación de la mentalidad carlista en relación con esta guerra, en la que había aceptado ser una de las partes y no su eje de dirección. J. Andrés Gallego, «Los poderes del Estado en la España Nacional», en *La Guerra Civil Española (60 años después)*, Ed. Actas, Madrid, 1999, pp. 288-290. Asimismo, Consuelo Martínez-Sicluna, «Rafael Gambra y el Alzamiento

Nacional», en *Comunidad Humana y Tradición Política (Liber Amicorum de Rafael Gambra)*, edición al cuidado de Miguel Ayuso, Ed. Actas, Madrid, 1998, pp. 291-310, interpretando al filósofo tradicionalista, nos ofrece algunas claves sobre esta cuestión.

17 J. M.ª García Escudero, «La España que vieron los extranjeros», en *La guerra y la paz*, pp. 337-351.

18 J. M.ª García Escudero, loc. cit., pp. 340-345.

19 J. Salas Larrazábal, «Influencia de la aviación y de las aportaciones materiales extranjeras en la guerra de España», en *La guerra y la paz*, p. 363 y ss.

20 J. Salas Larrazábal, «Influencia de la aviación y de las aportaciones materiales extranjeras en la guerra de España», en *La guerra y la paz*, pp. 364-365.

21 L. Bolín, *op. cit.*, p. 67 en que publica la nota de que era portador.

22 Seguimos en este punto a J. Tusell y G. García Queipo de LLano, *Franco y Mussolini. La política española durante la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, 1965, p. 11 y ss.

23 Á. Viñas, *La Alemania nazi*. p. 299 y ss.

24 Esta gestión es conocida por un informe que probablemente redactó Goicoechea, publicado por José Gutiérrez Davé, *Antonio Goicoechea*, Madrid, 1965, y reproducido por Á. Viñas en la obra mencionada en nota anterior, pp. 308-310. Estimuló el entusiasmo de los monárquicos en el exilio que iniciaron una suscripción encabezada por el propio Rey Alfonso XIII.

25 Franco, como otros altos cargos del Ministerio de la Guerra, había tenido contacto en setiembre de 1935 con el barón Friedrich von Lupin, venido a España para negociar contratos. Á. Viñas, *La Alemania nazi*, pp. 100, 101 y 106, añade que no hubo entonces contacto alguno con Canaris; esto forma parte de algunas de las fantasías que se han deslizado. Es posible que algún contacto indirecto se haya establecido entre Canaris y Gil Robles a través de Pedro Gandarias, pero en relación con los proyectos de la «Deutsche Zeppelin». Datos muy importantes sobre esta cuestión en Gerhard L. Weinberg, *The Foreing Policy of Hittler's Germany*, Chicago, 1970, p. 285 y ss.

26 Otros agentes alemanes aparecen al comienzo de la guerra tratando de obtener informes en Sevilla y Tetuán acerca de lo que estaba ocurriendo, índice de que no estaban en antecedentes. Reinaba a este respecto tal confusión que uno de estos, Adolf Mathias Travaglio –se trataba de un nombre falso seguramente– estuvo a punto de ser fusilado por los nacionales porque ni siquiera los alemanes que estaban en Algeciras pudieron garantizar su identidad. Los agentes alemanes contribuyeron mucho a difundir la creencia de que el Alzamiento era respuesta al asesinato de Calvo Sotelo. Á. Viñas, *Guerra. Dinero. Dictadura*, Barcelona, 1984, pp. 42-49.

27 *Apuntes*, pp. 39-40.

28 J. A. Ansaldo, *Mémoires d'un monarchiste espagnol*, Mónaco,1953, p. 139. que era el piloto que gobernaba el avión, aunque salvó la vida, atribuye el accidente al exceso de equipaje provocado por el empeño del general Sanjurjo que no quería desprenderse de sus uniformes y condecoraciones. Lo que no cabe duda es de que el avión era demasiado pequeño y el campo improvisado de despegue, rodeado de pinos, muy inadecuado.

29 El cónsul aleman en Tetuan entregó a Franco una protesta escrita por esta incautación. Franco le prometió toda clase de ayuda y seguridad a los intereses alemanes y explicó que «la sublevación nacionalista había sido indispensable para evitar la dictadura soviética en España», en *Les Archives sécretes de la Wilhelmstrasse*, III, *L'Allemagne et la guerre civile espagnola*, París, 1952, p. 5. En adelante se cita *Wilhelmstrasse*.

30 Fue el coronel Sáez de Buruaga quien puso a Bernhardt en relación directa con Franco. La dificultad mayor para emprender el negocio que al empresario alemán interesaba consistía en que el general sólo disponía entonces de 12 millones de pesetas. Desde el 24 de julio el Gobierno de Madrid estaba enviando oro para sus compras al extranjero. Al cambio de entonces 12 millones equivalían a 4 millones de marcos. Wilfred von Oven, *Hitles und des Espanische Bürgerkrieg. Misson uns Schicksal der Legion Condor*, Tübingen, 1968, pp. 138-143.

31 Bernhardt, cuya intervención posterior sería muy notable, incluso en relación con la Comisión Aliada de Control después de la guerra, contaba entonces 39 años de edad y esta-

ba casado con la hija de un antiguo cónsul alemán en Argentina. Hablaba y escribía correctamente el español. Muy joven, había combatido como voluntario en la Primera Guerra Mundial. Tras una breve etapa de prosperidad, residiendo en Hamburgo, se arruinó como tantos otros a causa de la crisis de 1929. Veía en Hitler el hombre que devolvía a Alemania su prosperidad. Llegó a Marruecos en calidad de agente de la Casa H. Tönnies. Tenía experiencia en los negocios. Se afilió al Partido, como la mayoría de los alemanes residentes en el extranjero y el jefe de quien dependía era precisamente el mencionado Langenheim, que se dedicaba a prospecciones mineras, aunque según la prensa francesa, ejercía el oficio de espía. Datos importantes sobre los dos personajes en Á. Viñas, *La Alemania nazi*..., pp. 276-294.

[32] B. Crozier, *op. cit.*, I, p. 278, insiste en que la desaparición de Sanjurjo fue un hecho favorable. No debemos hacer juicios de valor ni futuribles. De hecho de los ejércitos surgidos, el de Mola, el de Queipo y el de Franco, este último era el más importante y su jefe el que se hallaba en mejores condiciones para negociar.

[33] Informe Dieckhoff, 25 de julio. *Wilhelmstrasse*, pp. 7-9.

[34] Las Actas de los envíos comienzan el 24 de julio. El 6 de noviembre de 1936 alcanzaban ya los 151 millones de pesetas, en *Documentos*, I, pp. 46-71.

[35] José M.ª Gárate Córdoba, «Los voluntarios extranjeros», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 395-401, ha hecho un análisis muy detenido y, en mi opinión, esclarecedor. Los mil millones de francos nunca existieron ni tampoco la unidad homogénea que se prometía en el inicial alarde de propaganda. La URSS vendió más que nadie pero cobró en efectivo; no hubo en su caso deuda aplazada. Hasta agosto no llegaron a España los dos grandes directivos del programa soviético, Mikhail Koltsov y el embajador Rosenberg. A ellos se sumaron los consejeros que, según La Pasionaria, llegaron a 2.000. Su misión era clara; atraer España al modelo soviético.

[36] Á. Viñas, *Guerra*... pp. 53-54.

[37] Según Tusell, *Franco y Mussolini*, p. 15, la decisión de intervenir en España correspondió al conde de Ciano porque quería jugar la carta de la colaboración política con Alemania. Las fechas son tan coincidentes que se hace difícil sostener esta hipótesis.

[38] J. I. Luca de Tena, *Mis amigos muertos*, Barcelona, 1971, p. 25.

[39] Dieckhof se hizo eco de su visita el 1 de agosto. Le explicó que «según las intenciones del general Franco y de los jefes militares el movimiento habría sido desencadenado quince días más tarde pero después del asesinato del diputado Calvo Sotelo era imposible detener los acontecimientos». *Wilhelmstrasse*, III, pp. 15-16.

[40] Detalle de esta misión en John F. Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*, Madrid, 1979, pp. 78-85 y 21-23.

[41] John F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 52-63. Este episodio ha sido dilucidado por Fernando Sánchez Marroyo, «Los sucesos de Badajoz», en *La Guerra Civil Española (60 años después)*, Ed. Actas, Madrid, 1999, p. 137 y ss.

[42] Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*, Barcelona, 1976, pp. 12-13.

[43] Era el modo de presentar los envíos de material como compras efectuadas por una empresa privada que figuraba como «Carranza y Bernhardt S.L.» radicada oficialmente en Marruecos, dejando al Gobierno alemán a salvo de acusaciones de intervención. Lo mismo que, como sabemos, acordaría el Gabinete francés el 25 de julio. Á. Viñas, *La Alemania nazi*, pp. 324 y 386.

[44] W. von Oven, *op. cit.*, pp. 152-154, ha recogido del propio Bernhardt la noticia de que conocía el contenido de la carta de Franco a Hitler, de que era portador. Estaba escrita en español y en ella se pedían 10 aviones de transporte de la mayor capacidad posible pues necesitaba enviar las tropas de Marruecos a la Península, 20 cañones antiaéreos de 10 mm., 6 cazas Heinkel, ametralladoras, fusiles y bombas de aviación.

[45] Karl Heinz Abshagen, *Canaris. Patriot und Weltbürger*, Stuttgart, 1949, posee los datos detallados para la defensa de la política del almirante.

[46] La entrevista con el Führer duró tres horas. W. Von Oven, *op. cit.*, p. 171.

[47] Á. Viñas, *Guerra*..., pp. 41-42.

[48] Cónsul general de Göring, 29 de julio. *Wilhelmstrasse*, III, p. 11.

[49] Intencionadamente prescindo aquí del relato pormenorizado de la gestión que los comisionados de Franco realizaron en Alemania. Indirectamente condujo a un resultado, el desbordamiento del Ministerio por el Partido, revelándose el apoyo completo que Hitler daba al segundo. La explicación con todo detalle W. von Oven, *op. cit.*, pp. 147-180 y también Á. Viñas, *La Alemania nazi*, pp. 325-370, con apoyo de documentación fehaciente. Este autor destaca otros motivos que han podido influir en Hitler: España podía servir de campo de pruebas con fuego real; la victoria de Franco debía permitirle obtener minerales para su industria.

[50] Á. Viñas, *Guerra...*, pp. 50-51.

[51] Fue para Franco una pesada carga que asumió. Tendremos ocasión de explicar cómo esta deuda –y también la que generó el Gobierno de Madrid– fue finalmente satisfecha. Á. Viñas, *Guerra...*, pp. 55-59.

[52] J. M. Martínez Bande, «Del Alzamiento a la guerra civil. Verano de 1936: correspondencia Franco-Mola», en *Historia y Vida*, núm. 93, 1975, p. 19, proporciona un documento que corrobora estas tesis, pues Franco comunicó a Mola que había oído por radio que Francisco de los Ríos había llegado a París en razón de esta ayuda.

[53] Veinte años después, Franco anotó: «Las ayudas extranjeras: voluntarios para la Legión, aviones con piloto. Personal extranjero no lo necesitabamos, nos sobraban españoles, queríamos armas y no personal», *Apuntes*, p. 42.

[54] R. de La Cierva, *Franco*, p. 156 y ss., procede de la misma manera. La alocución de Tetuán hubo de hacerse a través de una emisora de poco alcance de que disponía la Guardia Civil.

[55] La realidad de esta amenaza es discutida en nuestros días; las posibles exageraciones de Franco y sus colaboradores, también. Pero, aparte de la sinceridad de su convicción, hay hechos que deben ser tenidos en cuenta:

Agentes soviéticos estaban actuando en España desde noviembre de 1934, presentando la revolución de octubre tan sólo como una primera etapa de la definitiva que debía consumarse por el Frente Popular. Desde el 21 de julio, si no antes, Stalin supo que en España se estaba librando una batalla decisiva y, a pesar de las dificultades internas que tenía que superar –1936 es año de grandes purgas y muchos de los que participaron en la guerra de España acabaron ejecutados– hizo grandes esfuerzos.

Koltsov y Rosenberg participaron activamente en los asuntos de Gobierno; parece que en ocasiones el segundo asistía a los Consejos de Ministros y más adelante tendremos ocasión de referirnos al protagonismo del primero en la operación de limpieza de la retaguardia madrileña por medio del terror. El 6 de setiembre Rosenberg telegrafiaría a Stalin solicitando la urgente ayuda «porque la situación empieza a ser desesperada» y desde entonces se afianzó una misión militar que dirigieron primero Ivan Antonovic Berzin (a. Grishin) y desde abril de 1937 Grigori Mikhailovic Stern (a. Grigorevich).

Desde el 20 de octubre admitió Martínez Barrio la constitución de un Ejército internacional con base en Albacete. Quedaba entendido que dicho Ejército sería comunista aunque se alistasen voluntarios que no lo fueran. Los agentes soviéticos se encargaron de las depuraciones y lo hicieron con gran energía.

Desde el 22 de octubre de 1936 hubo un Ejército comunista extranjero, mientras el Quinto Regimiento, en Madrid, funcionaba como centro de recluta y entrenamiento de unidades comunistas que, a lo largo de la guerra demostraron ser las mejores. Entre las Brigadas Internacionales hubo cinco –la XI, alemana, mandada por Stern (Kleber), la XII, preferentemente italiana, mandada por Zalka (Lukacz), la XIII, de voluntarios eslavos mandada por Zeisser (Gómez), la XIV, compuesta por franceses y anarquistas españoles, mandada por Swieczewski (Walter) y la XV, angloamericana, mandada por Galicz (Gal) y luego por el general Kopic– que combatieron con gran eficacia. Pietro Nenni reconoce que «gracias al mando soviético... pudieron entrar en acción dos meses antes del plan fijado». J. M.ª Gárate, *op. cit.*, pp. 395-399.

[56] R. de La Cierva, *La guerra civil*, I, p. 398.

[57] Un excelente análisis del *Poema* de Peman, con sus implicaciones doctrinales el de

Federico Suárez Verdeguer, «La guerra de España vista por un poeta», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 571-579.

[58] R. de La Cierva, *Franco*, p. 157.

[59] La ocupación masiva de tierras decretada por el Frente Popular, así como la distribución en parcelas demasiado pequeñas fueron causa, al menos en parte, de la espantosa ruina de la zona roja. Al suspenderse la reforma los cultivadores ya asentados permanecieron en la tierra abonando la misma renta que les había señalado la República. Sobre los aspectos de la política agraria y el minifundio, J. A. Lacomba, *op. cit.*, p. 290.